

# ENFERMEDADES ARGENTINAS

Un intenso recorrido por la historia de las enfermedades argentinas nos propone el Dr. Ezequiel Consiglio, donde se percibe la incidencia de las desigualdades sociales en la propagación de ciertas enfermedades endémicas.

## Ezequiel Consiglio

Médico, Magister en Salud Pública y Doctor en Medicina. Director del Instituto de Salud Comunitaria de la Universidad Nacional de Hurlingham.

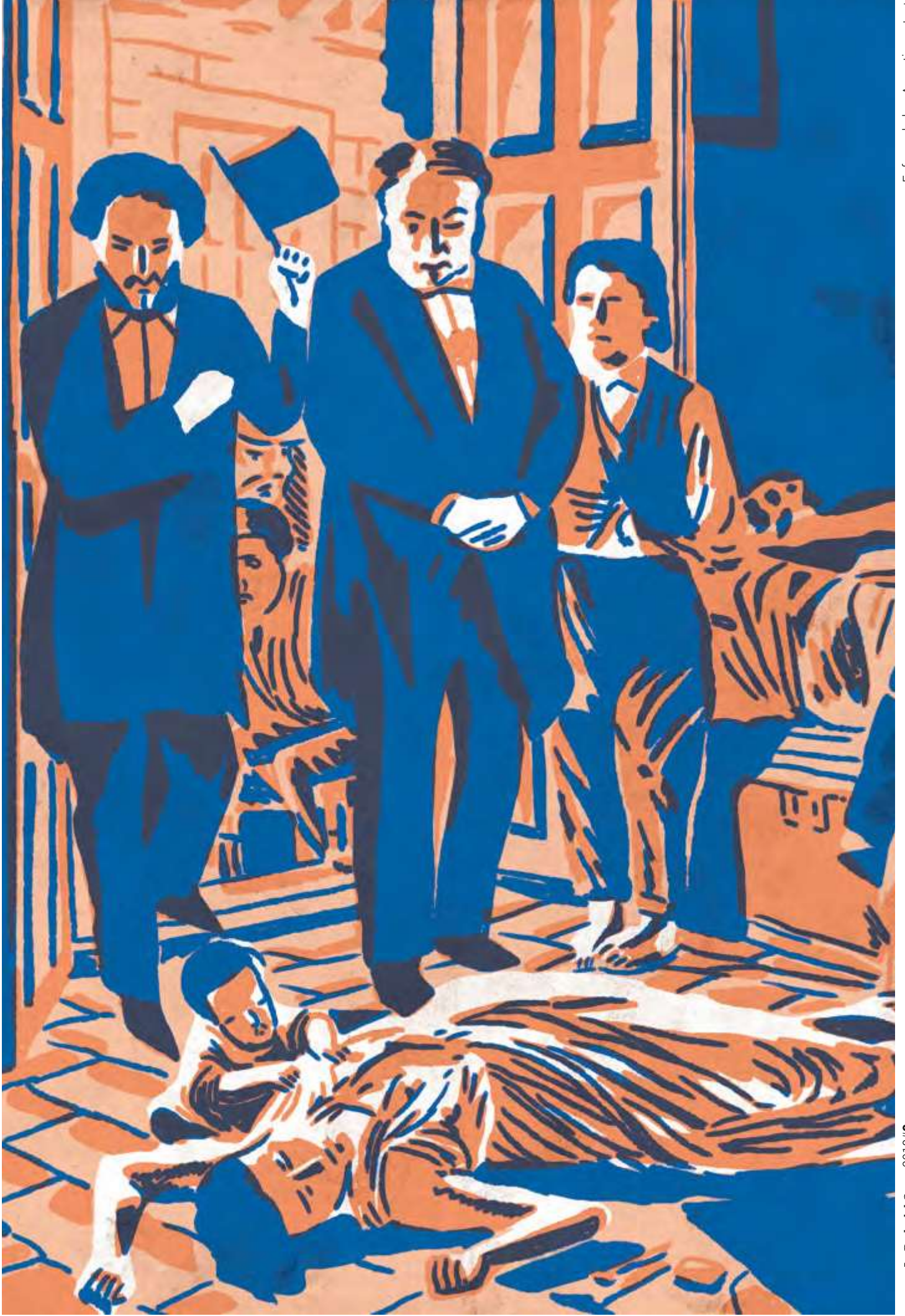
**L**as enfermedades delimitan un territorio de incertidumbre que espera ser resuelta en el menor plazo posible o que, de ser irreversibles, al menos no nos hagan sufrir.

A lo largo de los siglos, y conforme nuestras sociedades se fueron complejizando, hemos aprendido que las enfermedades son el resultado de la combinación de factores biológicos y de determinantes sociohistóricos. La invitación a hablar sobre enfermedades argentinas da cuenta, entonces, de aquellas situaciones patológicas que, por alguna razón, real o simbólica, tuvieron algún impacto diferencial en nuestro pueblo a lo largo de su historia, principalmente en cuanto a su peor resultado: la mortalidad.

Si nos remontamos a nuestros orígenes como Nación, hallamos en la viruela una preocupación que motivó la movilización de recursos de todo tipo en la primera institución colonial de la salud pública: el protomedicato. En épocas de brotes de tifus, disentería y cólera, la viruela se destacó por su mortalidad, sus secuelas y el temor que ocasionaba por su persistencia: llevaba siglos en el continente desde su introducción por los conquistadores y en muy poco tiempo había diezmado las poblaciones de los imperios azteca e inca. Siglos después, seguía suscitando preocupación, pero desde 1796 se sumaba la posibilidad de una inmunización con una eficacia nada despreciable y cada vez más accesible; al Río de la Plata la variolización llegó en 1805. Las acciones del protomedicato, creado en 1780, derivaron entonces en una estrategia de cobertura más amplia, como lo demuestran varios documentos entre los cuales se destaca una carta de Don Juan Manuel de Rosas al Cacique Pincén, fechada vagamente luego de 1825:

*“...Ustedes son los que deben ver lo mejor les convenga. Entre nosotros los cristianos este remedio es muy bueno porque nos priva de la enfermedad terrible de la viruela, pero es necesario para administrar la vacuna que el médico la aplique con mucho cuidado y que la vacuna sea buena... La vacuna tiene también la ventaja de que aun cuando algún vacunado le da la viruela, en tal caso esta es generalmente mansa después de esto si quieren ustedes que vacune a la gente, puede el médico empezar a hacerlo poco a poco para que pueda hacerlo con provecho y bien hecho y para que tenga tiempo para reconocer prolijamente a los vacunados”<sup>1</sup>.*

1- Chávez, Fermín 1991 La vuelta de Juan Manuel (Buenos Aires: Editorial Teoría).



La epidemia de viruela de 1882 en Buenos Aires dio pie para la creación de un espacio de asilamiento en la denominada Quinta Leslie, que se denominaría “Casa de Aislamiento” ese mismo año; las necesidades que allí se constatarían, darán finalmente como resultado su traslado a un predio del sur de la ciudad en 1883, donde actualmente funcionan el Hospital de Enfermedades Infecciosas “Francisco Javier Muñiz” y el Instituto de Tisioneumonología “Dr. Raúl F. Vaccarezza”. Luego de siglos de protagonismo en todo el planeta, la viruela fue la primera enfermedad -y hasta ahora única- erradicada por la acción del hombre, según lo declaró la Organización Mundial de la Salud en 1978.

---

## A lo largo de los siglos, y conforme nuestras sociedades se fueron complejizando, hemos aprendido que las enfermedades son el resultado de la combinación de factores biológicos y de determinantes sociohistóricos.

---

La consolidación no planificada de las ciudades trajo aparejados efectos no deseados como en casi todas las latitudes del planeta. Nuestras ciudades no eludieron las consecuencias del agrupamiento humano con déficit de servicios. En este escenario, entre 1867 y 1868, se produjeron epidemias de cólera en las ciudades de Córdoba y Rosario, y también en Buenos Aires. La mortalidad en la ciudad de Córdoba se estimó en un 8% de la población, en Rosario atacó a las poblaciones más humildes del propio tejido urbano y de pueblos aledaños, y en Buenos Aires, en 1868, moría víctima de esta enfermedad el vicepresidente Marcos Paz, evidenciando que las condiciones deficientes en materia de saneamiento afectaban a la población de manera generalizada. La epidemia asoló también a los soldados de la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, al igual que en la guerra de Crimea y otras contiendas bélicas. El cólera, en efecto, era una *enfermedad de campaña*. Inmediatamente concluida esta sangrienta y absurda guerra, los porteños padecieron la peor de las epidemias que se recuerde: la

fiebre amarilla. Si bien había antecedentes de brotes de esta enfermedad en 1852, 1858 y 1870, la epidemia de 1871 fue extraordinariamente más virulenta: antes de completarse la mitad del año, murieron unas 14.000 personas en una ciudad de unos 200.000 habitantes, poniendo en vilo al gobierno de Domingo Faustino Sarmiento y extendiendo las discusiones a la prensa de la época al margen de las publicaciones médicas, por cierto algo similar a lo sucedido en Córdoba con el cólera. Las conductas de los porteños durante la aparición de la fiebre amarilla expresaron las peores consecuencias del temor y del oportunismo: huidas de las familias pudientes desde el sur al norte, robo de cadáveres y falsedad en los certificados de defunción, violando las normas higiénicas para velarlos según creencias familiares por encima de las medidas de salud pública, precios exorbitantes en las mudanzas, los alimentos y demás necesidades, suspensión de clases, pérdidas económicas. La Fiebre Amarilla de 1871 fue una epidemia que cuestionó la base social y científica de la capital del país y dio forma definitiva a las acciones del Higienismo como movimiento de base científica, con consecuencias de control social y moral.

Se ha dicho que la viruela, el cólera y la fiebre amarilla llegaron en los barcos, en los de la conquista española y en los que repatriaban tropas. Sin embargo, hubo una enfermedad -y todavía hay- arraigada en la hondura de nuestra gente y de nuestra tierra, un mal que persiste entre los más vulnerables: la tripanosomiasis americana, el Mal de Chagas.

En 1928 el médico brasileño Carlos Chagas le escribe una carta a su colega argentino Salvador Mazza, y en ella explica:

“Hay un designio nefasto en el estudio de la tripanosomiasis. Cada trabajo, cada estudio, apunta un dedo hacia una población mal nutrida que vive en malas condiciones; apunta hacia un problema económico y social, que a los gobernantes les produce tremenda desazón, pues es testimonio de incapacidad para resolver un problema tremendo. No es como el paludismo un problema de bichitos de la naturaleza, un mosquito ligado al ambiente, o como los es la esquistosomiasis relacionada a un factor ecológico límnic casi inalterable o incorregible. Es un problema de vinchucas, que invaden y viven en habitaciones de mala factura, sucias, con habitantes ignorantes, mal nutridos, pobres y envilecidos, sin esperanzas ni horizonte social y que se resisten a colaborar”.

Y concluye:

“Hable de esta enfermedad y tendrá a los gobiernos en contra. Pienso que a veces más vale ocuparse de infusorios o de los batracios que no despiertan alarmas a nadie”<sup>2</sup>.

---

2- Reyes López, Pedro A. 2009 *La vida y obra de Carlos Chagas a cien años de la descripción de la enfermedad de Chagas-Mazza* (México: Archivo de Cardiología).

La pobreza anida en esas vinchucas, y al hacerlo expresa condiciones que parecen reservadas a los descendientes de los criollos, mestizos e indios, como si haber hecho la patria en los campos de batalla de la independencia, no hubiera alcanzado para igualarnos, y pudieran algunos más que otros aguantar injusticia tras injusticia. Algo parecido pasa a los que trabajan la tierra en la pampa húmeda, en contacto con un virus autóctono transmitido a través de la orina del ratón maicero: la fiebre hemorrágica argentina (FHA), una enfermedad viral descrita hace relativamente poco (1950, aunque hay algunos registros previos, de 1943) y cuyo agente causal, el virus Junín (del género *Arenaviridae*) fue aislado de enfermos trabajadores rurales en 1958, poniendo en evidencia sus malas condiciones laborales. Si no se trata a tiempo, 3 de cada 10 personas que la padecen, pueden fallecer. Esta fiebre, también llamada *mal de los rastrojos*, es absolutamente autóctona: una enfermedad exclusivamente argentina. Aunque el desarrollo conjunto con los Centros de Control de Enfermedades (CDC, su sigla en inglés) de Estados Unidos de América, hizo posible una vacuna –Candid 1– en 1990, la ampliación reciente de áreas de cultivo ha extendido su exposición a nuevas poblaciones. Desde 2006, esta vacuna se produce en nuestro país, en el INVEH-ANLIS; allí también se produce el suero específico que ha permitido disminuir la mortalidad al 1%, dando una nueva muestra de la importancia del desarrollo de una política pública de medicamentos en nuestro país.

Entre los registros de enfermedad del siglo XX se encuentra también la tuberculosis, enfermedad emblemática en el mundo y también en nuestra sociedad. Se trata de una afección que nos enferma desde hace siglos con un incremento relacionado, una vez más, con las malas de condiciones de vida - rural y urbana- del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Por aquellos años, la enfermedad era incurable. La búsqueda de “aire puro” llevaba a nuestros pacientes al Valle de Punilla, a Cosquín, donde en el año 1900 se fundó el hospital colonia Santa María y en 1932, el Hospital Domingo Funes. En ese mismo año se habilita el Pabellón Koch en el predio del mencionado Hospital “Francisco Javier Muñiz”.

El carácter estigmatizante de la enfermedad tuberculosa todavía existe, pese a que disponemos de tratamiento. Algunas de las expresiones de estas creencias se aprecian en las obras de Manuel Puig (en la novela *Boquitas pintadas*), de Evaristo Carriego –quien murió por tuberculosis– (en poemas como “Residuo de fábrica”) o de Roberto Arlt, quien en su cuento “Ester Primavera”, nos enseña un clima de época que se puede resumir en algunos párrafos:

“El muchacho tose continuamente con el pañuelo apretado contra los labios. Después mira el pañuelo y sonríe con alegría. El pañuelo está blanco aún.

—¿No hay sangre?

El pelirrojo hace que no con la cabeza.

Esa es la obsesión nuestra. Y siempre nos consultamos”<sup>3</sup>. Pese al tratamiento disponible, la tuberculosis tiene un cierto recrudescimiento en su incidencia y en la aparición de formas resistentes a los antibióticos, algo que nos vuelve a preocupar. Su permanencia a lo largo de nuestra historia y la de otros pueblos, sigue cuestionando las condiciones de vida y el funcionamiento de los sistemas sanitarios.

---

## Las conductas de los porteños durante la aparición de la fiebre amarilla expresaron las peores consecuencias del temor y del oportunismo: precios exorbitantes en las mudanzas, los alimentos y demás necesidades.

---

Por último, recordemos que desde mediados del siglo pasado Argentina ha ido consolidando un proceso de transición demográfica, caracterizado por un incremento en la expectativa de vida merced a una mejora de las condiciones de vida, que no siempre fue constante ni para todos. Aun así, el perfil de enfermedades de nuestro pueblo se fue modificando hasta un presente con alta prevalencia de enfermedades cardiovasculares, obesidad y sobrepeso, sufrimiento psíquico evidenciado por un elevado consumo de psicofármacos, tumores y enfermedades metabólicas, por encima de otras.

Las enfermedades más frecuentes en la actualidad no parecen tener el impacto agudo que tuvieron las enfermedades transmisibles, sin embargo, no han hecho más que configurar un escenario más complejo. El modo de enfermar y morir también representa nuestra organización social: cada persona enferma subsume toda su historia tras de ese hecho y cada enfermedad interpela nuestra organización sanitaria y social. Las enfermedades dicen, hay que saber escuchar qué. ■

3- Arlt, Roberto 1994 “Ester Primavera” en *Selección de cuentos* (Buenos Aires: Ediciones Colihue).